

Recuerdo y evocación de don Francisco Vales Villamarín*

JOSÉ ANTONIO MIGUEZ **

Han transcurrido ya muchos años desde aquel veintiuno de mayo de 1961 en el que el barrio de Los Castros de esta ciudad, en acto solemne y público, supo honrar como es debido al que durante varias décadas fuera su dignísimo y ejemplar maestro, don Francisco Vales Villamarín. De ese popular y emotivo acto, con participación de autoridades, ex-alumnos de don Francisco y gentes de toda La Coruña, quedó memoria en la placa de bronce que dio el nombre del ilustre maestro a una calle de este barrio, de tanta solera coruñesa.

Felizmente en este caso, se homenajeaba en vida a un hombre de reconocidos y sobrados méritos, a un brigantino cabal pero enraizado también en la ciudad de La Coruña, a un historiador e investigador riguroso, a un escritor, lexicólogo y poeta, a un maestro, en fin, que había entregado lo mejor de su vida —su vida entera, podríamos decir— al servicio y a la formación de los demás. Pocos ejemplos nos quedan ya, en este mundo tan apegado a los bienes materiales, de hombres que como don Francisco Vales Villamarín, hayan sabido gozar con el trabajo limpio, desinteresado, con el esfuerzo que no busca recompensa personal, con la búsqueda de las raíces y de las esencias de un pueblo, con el altruismo generoso de formar jóvenes, de educarlos y de instruirlos para que amen de corazón y sientan solidariamente que la verdad —que es la base fundamental de la ciencia— nos hace a un tiempo más humanos y más libres.

Aquel acto tan justo y emotivo aún seguirá siendo recuerdo imborrable en la mente de muchos coruñeses, tal vez de algunos de los que ahora me escuchan en esta sala. ¡Cómo no recordar al querido maestro hoy, ahora mismo, cuando una palabra tan hermosa como ésta ha sido devaluada e incluso sustituida por otra expresión de siglas asépticas como la de "profesor de E.G.B."! Quiero creer que a don Francisco Vales Villamarín le halagaba grandemente que le llamasen maestro y que ese homenaje que le rindió La Coruña, y en particular el barrio de Los Castros el año 1961, lo fuese en primer lugar por su trabajo permanente de educador y amigo de todos, por sus muchos años de ejercicio de la enseñanza, en las aulas y fuera de ellas, para cuantos necesitaban de su consejo y orientación.

Es muy de agradecer que se desee recordar aquella fecha y, sobre todo, que se renueve el interés por la vida y la obra de don Francisco Vales Villamarín cuando han transcurrido veintiocho años desde el homenaje jubilar de 1961 y siete desde la fecha de su muerte. Don Francisco Vales Villamarín ya no está desgraciadamente entre nosotros, pero podemos pensar que su espíritu todavía nos alecciona si, como hace estos días la Sociedad Recreativa e Instructiva de La Gaitera, se promueve el conocimiento de cuanto él realizó en vida para ejemplo y enseñanza de la posteridad.

Vengo aquí a hablarles en este acto sin otros méritos que los que ha querido atribuirme benévolamente don José María Muñoz Comerma, este admirador entusiasta de don Francisco

* El texto que sigue recoge en su integridad la conferencia que con este mismo título pronunció su autor, el profesor José Antonio Miguez, el 3 de noviembre de 1989 en el salón de actos de la Sociedad Recreativa e Instructiva de la Gaitera, de La Coruña, con motivo del homenaje que rindió esta sociedad a su socio de mérito, don Francisco Vales Villamarín.

** José Antonio Miguez es Doctor en Filosofía y Letras y fue Catedrático de Lengua y Literatura en el Instituto de Bachillerato "Francisco Aguiar" de Betanzos hasta la fecha de su jubilación académica. Actualmente es asesor del *Anuario Brigantino*.

Vales Villamarín, que ha tomado sobre sí, con el patrocinio y la colaboración desinteresada de la Sociedad Recreativa e Instructiva de La Gaiteira, la organización de un nuevo homenaje a la memoria del maestro. Como yo mismo le había sugerido, el Sr. Muñoz Comerma podía muy bien haber llamado para participar en este acto a dos personas que han tenido contacto directo y asiduo con don Francisco Vales Villamarín en los años postreros de su vida: uno tendría que ser, sin duda, el académico y bibliotecario de la Real Academia Gallega, y cronista de la ciudad de La Coruña, don Juan Naya Pérez, que tantas cosas sabe del trabajo fecundo y de la propia vida íntima de don Francisco Vales Villamarín, y otro, el actual Archivero-bibliotecario del Excmo. Ayuntamiento de Betanzos, Alfredo Erias Martínez, celoso guardador de la mayor parte de la documentación y de la obra escrita de tan preclaro brigantino, y, por otra parte, continuador de una publicación como el *Anuario Brigantino*, de la que don Francisco Vales Villamarín forjó el proyecto y su misma venturosa realidad allá por el lejano año de 1948. El *Anuario Brigantino* era para don Francisco Vales Villamarín la verdadera niña de sus ojos, una publicación en la que quería dar a conocer, con trabajos científicos, históricos y de divulgación, el pasado venturoso y el presente esperanzador de la ciudad que le vio nacer. Como novedad muy poco puedo añadir yo a lo que ya todos ustedes conocen sobre la actividad incansable de don Francisco Vales Villamarín. Ciertamente que tuve una íntima relación personal con don Francisco y que su ejemplo acrecentó en mí la amistad hacia quien consideraba cada vez más, en el curso de los días y de los años, como el prototipo del hombre autodidacto, esto es del hombre que se ha hecho a sí mismo con el tenaz empeño de su incansable voluntad.

Esto, indudablemente, todos tendrán por fuerza que reconocerlo conmigo: don Francisco Vales Villamarín fue un hombre de mucho saber, pero este saber tuvo su base en un esfuerzo realmente notable, incluso abrumador para una sola persona, sólo sostenido por una voluntad increíble, que no desmayó nunca en el curso de su vida luchando contra la indiferencia de muchos y la escasez de apoyo, las más de las veces, en una sociedad que despreciaba su pasado, rompía con él y, por ende, ignoraba las raíces de su presente y de su futuro. Don Francisco Vales Villamarín no fue un hombre de formación universitaria porque los medios económicos de su familia no se lo permitieron, pero desde su humilde condición de maestro, de la que tan orgulloso se sentía siempre, hizo méritos para enriquecer su espíritu, para profundizar en los estudios históricos, del mundo antiguo, de la Edad Media, de la Edad Moderna y de la Edad Contemporánea, para investigar con métodos ortodoxos y llenos de rigor sobre personajes que dieron lustre a su ciudad, a La Coruña y a Galicia. Repasar el índice bibliográfico de don Francisco Vales Villamarín es afirmarse en la idea de la tenacidad de un hombre que, por la dispersión y variedad de su obra, bien puede ser calificado de polígrafo en la acepción que reconoce el Diccionario de la Real Academia Española para el autor que ha escrito con profusión sobre materias diferentes.

Porque don Francisco Vales Villamarín, siendo fundamentalmente un investigador de los temas históricos, no desdeñó los temas de arte, íntimamente ligados al discurrir de la historia, ni el estudio de la heráldica, que tanto le apasionaba, ni, por supuesto, la consideración atenta de los gremios de su ciudad, que enaltecieron desde la Edad Media a la vieja *Brigantium*. Y a todo esto había que añadir el estudio de las rutas jacobitas, de los hermosos santuarios brigantinos, de los sepulcros de las iglesias de la ciudad y de su comarca, de personajes de tanto relieve como Feliciano Vicente Faraldo, Antolín Faraldo, Pedro de Agar y Bustillo, Antonio Quiroga y Hermida, Baltasar Peón Rodríguez y, ya en sus últimos años, la ascendencia gallega del Libertador Simón Bolívar. Para llegar a conclusiones válidas en la mayor parte de los casos, don Francisco Vales Villamarín hubo de exhumar documentos históricos de extraordinaria importancia, tarea siempre oscura por la dificultad del trabajo de investigación en archivos las más de las veces mal cuidados o abandonados, para los que, en un principio, lo más urgente era la tarea de ordenación y clasificación. Documentos históricos referidos a la cofradía de sastres de Betanzos, escrituras de constitución de foros, privilegios del rey Enrique IV de Castilla concedidos a la ciudad de Betanzos, entre ellos el que conlleva el título de ciudad en el siglo XV y su confirmación, testamentos de próceres brigantinos y de mujeres tan significativas como doña Ursula Meléndez de Tejada, que mandó construir y dotar una casa-colegio para recogimiento de doncellas y



Presidencia del acto de homenaje a Vales Villamarín en la Sociedad de La Gaiteira de La Coruña, el 3 de noviembre de 1989.

huérfanas naturales de la ciudad de Betanzos, partidas de bautismo como la del arzobispo de México, don Francisco de Aguiar Seijas y Ulloa, preclaro hijo de Betanzos, o de defunción de otros importantes personajes, como don Antonio Quiroga y Hermida, amén de certificaciones y testimonios como el de la aprobación del voto de la ciudad a su patrono San Roque. Larguísima sería la lista que podríamos ofrecer aquí de tales documentos históricos, que recogieron en sus páginas los *Boletines de la Real Academia Gallega*, los *Anuarios Brigantinos*, revistas especializadas como la del Instituto de Estudios Coruñeses "José Cornide" e incluso programas de fiestas patronales de la ciudad de Betanzos. Pero esto, con ser muchísimo, constituía sólo una parte de su trabajo, porque aún sacaba tiempo don Francisco, en sus escasos ratos libres, para empaparse en el habla del pueblo en un intento malogrado para una empresa que, indudablemente, superaba sus fuerzas: redactar y componer una Enciclopedia Brigantina.

A estas y otras cuestiones relacionadas con la vida cultural y el lenguaje quisiera yo referirme con algún detenimiento para poner en evidencia la comprensión, la orientación y el consejo que recibieron de parte de don Francisco Vales Villamarín determinados proyectos míos. Yo me encontraba en Betanzos desde el año 1952 ocupando plaza de profesor de lengua y literatura en el Instituto que se había reinstalado en esta ciudad y que continuaba la labor del que ya desarrollara enseñanzas similares antes del comienzo de la guerra civil española. Pronto tomé contacto con don Francisco Vales Villamarín y con don José Veiga Roel, otro de los caballeros brigantinos que descollaba por entonces como gran dibujante e iniciador de la fotografía artística. Llegó el momento, hacia el año 1956, en que me propuse estudiar algunos aspectos del habla mariñana, tanto desde un punto de vista histórico como en referencia más concreta a la toponimia y a los particularismos fonéticos, morfológicos, sintácticos, y desde luego, al léxico privativo de la comarca. Uno de los libros que en principio utilicé para ambientarme en la realidad histórica de Betanzos fue la *Historia de la ciudad de Betanzos*, escrita por Manuel Martínez Santiso, y cuyo tomo I se publicó el año 1892. Don Francisco, en sus conversaciones amistosas y sinceras, en las que desahogaba toda su hombría de bien y hacía llegar al amigo y al discípulo su sabio consejo, me desengañó respecto a la rigurosidad de la obra de Martínez Santiso. Para él esta obra merecía un cierto reconocimiento por la intención y el esfuerzo loable de su autor, pero

no era fiable como obra histórica porque se dejaba llevar por impulsos románticos e imaginativos que daban más importancia a las leyendas y a los mitos que a la verdad de los hechos históricos debidamente contrastados. Don Francisco Vales Villamarín fue un fiel servidor de la verdad histórica, un positivista que pretendía superar el desbordado entusiasmo de los historiadores románticos y que, por consiguiente, asentaba sus pies en el suelo para procurar descubrir y avalar, mediante pruebas documentales de primera mano, la verdad debidamente comprobada de los hechos más notables del pasado.

En el aspecto cultural y lingüístico las informaciones que me proporcionaba don Francisco Vales Villamarín tenían una base en su conocimiento directo de la comarca, pues él, gran andarrín y amante de la Naturaleza, había estudiado los topónimos hasta del más escondido lugar y, desde luego, con entusiasta predilección, las prácticas y las costumbres campesinas que siempre suelen dejar huella en el habla rural cotidiana. Recuerdo algunas precisiones suyas sobre topónimos y armas de los suevos, corrigiendo en parte las afirmaciones de Barros Silvelo y Martínez Santiso en sus trabajos históricos: la *visarma*, empleada todavía a fines del siglo pasado por los guardias rurales brigantinos, sobre todo en la época que precedía a la vendimia, proveniría seguramente de la civilización y costumbres de los suevos, y topónimos y apelativos suevos parecían a don Francisco *Sáa*, *Sas* o *Zas*, denominaciones que corresponden a lugares altos o eminencias, en apoyo de lo cual me ponía ejemplos de lugares cercanos a Betanzos, como *Villozás*, aldea del Ayuntamiento de Paderne, y *Castro de Sas* o de *Zas*. El vocablo *mámoa*, que designa *túmulo* o *tumbo* y que es aplicado más bien a enterramientos prehistóricos de tipo megalítico, tuvo también curiosas derivaciones en el nomenclátor de la ciudad brigantina. Y no se escapaba a la atención de don Francisco Vales Villamarín la denominación imprecisa de *Noa* o *Moa*, aplicada a una de las calles de la ciudad, que ya en documentos antiguos referentes a Betanzos aparece textualmente como *calle da mámoa*.

Conversamos alguna vez don Francisco y yo sobre la importancia de la influencia árabe en la vida comercial brigantina. Naturalmente, esta influencia hay que hacerla remontar a los tiempos más gloriosos del califato y a los momentos de relativa calma, que fueron muchos, en la dura y prolongada empresa de la reconquista. Sentía yo cierta predisposición a resaltar esta influencia de la España musulmana sobre la vida y el comercio brigantinos y don Francisco me confirmó en esta idea con el aporte de topónimos como *algara*, *alhóndiga* o *tolda*. *Algara*, nombre de lugar en el vecino Ayuntamiento de Puente deume, es vocablo típicamente árabe y sin apenas deformación, que viene a significar tropa de a caballo o incursión de guerra en un país; *alhóndiga*, casa que guarda relación con el almacenaje de granos o mercaderías, dio nombre a una de las calles típicas de la ciudad de Betanzos, y ya, como más significativo y digno de particular atención, encontrábamos el topónimo *Tolda*, *A Tolda* o *La Tolda*, que se comprobaba que aparecía en lugares propios para almacenaje y venta de sal. Uno de estos lugares se encuentra entre Betanzos y el Ayuntamiento de Miño, otro hacia Irijoa y Aranga, y un tercero en las cercanías de la ciudad de Lugo. ¿No guardará relación el topónimo citado con el vocablo *toldero*, provincialismo admitido y usado exclusivamente en Andalucía para designar a los vendedores de sal al por menor? Por otra parte, quedaron palabras, enraizadas en la historia y en la cultura local, que parecían confirmar este peso, en cierto momento, de la influencia árabe: la denominación de *alfayate* para el famoso gremio de los satres brigantinos, uno de los cinco-los otros eran los de los labradores, marineros o mareantes, zapateros y mercaderes y demás oficios- cuya importancia está atestiguada no sólo por la misma organización gremial sino también por las fiestas y ceremonias tradicionales sobre todo religiosas, en las que los distintos gremios, con sus danzas típicas, colaboraban de manera activa. El gremio de los *alfayates* -recordemos que *al-fayat* es sastre en árabe- constituía la cofradía de la Santísima Trinidad, adscrita a la iglesia parroquial de Santiago y era ésta, sin duda, una de las más antiguas de España como fácilmente se desprende de sus propios documentos, que remontan cuando menos al siglo XI. La pervivencia del vocablo durante tanto tiempo aduce en favor de una influencia árabe bastante persistente en las costumbres y prácticas de los brigantinos, las cuales no podían desvincularse, como en el caso de la sal, de las relaciones comerciales de Betanzos con la España árabe en aquella Edad Media que también conoció prolongados períodos de paz. ¿Y qué decir de los famosos *alfolles* brigantinos?

tinios, que en palabras de la fabulosa *Historia de Betanzos* de Martínez Santiso, "eran, después de los de Sevilla, los primeros de España"? Esos renombrados *alfolles* brigantinos -bien hermoso y eufónico resulta este vocablo árabe- eran establecimientos para el almacenaje y venta de la sal y, en virtud de ellos, dos ciudades tan alejadas y hasta contrapuestas en su devenir histórico como Betanzos y Sevilla podían unir sus nombres a la sombra de su importante actividad comercial. Es muy cierto, y esto no cabe negarlo, que la historia y el léxico permiten una recta aproximación a los hechos del pasado; pues bien, esos *alfolles* brigantinos -*alfoniles* o *alfonts* en el habla popular brigantina- arrastraban aún una vida lánguida y decadente a principios de este siglo, como queriendo conservar el arraigo de aquella actividad comercial brigantina de la Edad Media en la dulce eufonía de un vocablo árabe.

En un trabajo publicado en el Boletín de la Real Academia Gallega en 1944, don Francisco Vales Villamarín dio una explicación exacta del supuesto yacimiento de mercurio de la ciudad de Betanzos, que se pretendía asociar al apelativo de *Azogue*, que se aplica como se sabe a una de las iglesias más antiguas y tal vez la más hermosa de la ciudad, la de Santa María del Azogue. La correcta interpretación lingüística ayuda a desenredar la legendaria patraña de los yacimientos de mercurio, de la que muchos se hicieron eco, pues *azogue*, de *as-suq*, en árabe el mercado donde se mantiene el trato y se realiza el comercio público, con lo que tenía que ver era con la feria o *zoco*, nombre éste típicamente árabe que encontramos en muchos lugares y ciudades de España -recuérdese asimismo el *Zocodover* toledano- y que hace sin duda referencia, aquí en Betanzos, al mercadillo tradicional instalado en los alrededores de la iglesia de Santa María.

No es necesario insistir en aspectos lingüísticos y de toponimia para subrayar la relación íntima que esto suponía con las actividades comerciales desarrolladas desde Betanzos con la España árabe, sobre todo durante el califato. Creo que don Francisco Vales Villamarín era completamente consciente de ello, aunque sus trabajos, posiblemente por falta de documentación de apoyo, no hubiesen profundizado demasiado en esta tarea. Manuel Martínez Santiso, historiador del que muy poco se fiaba don Francisco Vales Villamarín, había dicho en su *Historia de la ciudad de Betanzos* que "la dominación árabe, entre nosotros, fue puramente militar, momentánea y violenta", y, con ser esto cierto, no puede decirse que esa misma esporádica dominación no haya influido en alguna medida en las costumbres de los naturales de la comarca. Baste señalar la incorporación de elementos árabes a la lengua castellana, como ha demostrado don Ramón Menéndez Pidal y ya, más concretamente, en lo que respecta a la lengua gallega, esas ciento sesenta palabras incorporadas a ella procedentes del árabe, aunque transmitidas, por lo menos en una gran parte, por medio de la lengua castellana, tal como lo muestra don Vicente García de Diego en sus *Elementos de Gramática histórica gallega*.

A lo que sí prestó don Francisco una atención especial fue a la actividad periodística como una faceta más, y tal vez la más importante, de la vida cultural brigantina durante este siglo. Si algún valor puede tener la *Historia y vicisitud del periodismo brigantino*, que redacté entre los años 1959 y 1960, habrá que atribuirlo en una gran parte a la buena disposición de don Francisco, que en aquella ocasión y con pleno desinterés suyo, me facilitó para mi trabajo números sueltos y colecciones casi completas de periódicos brigantinos, reunidos pacientemente por él en una labor de búsqueda de muchos años. Aquellos periódicos y las colecciones que también reunía otro brigantino ilustre ya fallecido, don José Veiga Roel, facilitaron la redacción de un trabajo que se hizo para mí más atractivo en la misma medida en que acertaba a revivir toda una larga época de la historia contemporánea, que había quedado plasmada en el periódico local, a la luz de sus alternantes éxitos y de sus fracasos. En el periodismo brigantino, alguna que otra vez con don Francisco Vales Villamarín como protagonista, había tomado cuerpo, desde la aparición del semanario *El Censor*, el veintinueve de octubre de 1883, toda la historia política, económica y cultural de la ciudad de Betanzos de los Caballeros. Estudiar y desentrañar esta visicitud me llevó también a descubrir, con la orientación inestimable de don Francisco, la larga lista de nombres que conformaron el núcleo más batallador del periodismo local, pues dura fue la lucha que hubieron de sostener aquellos hombres para afirmar los ideales de la ilustración popular a través de la prensa, o, en muchos casos, los menos constantes y advenedizos de la defensa de una determinada actuación política, en medio de la diatriba, la polémica y la burda

descalificación personal. No me resisto a reproducirles un párrafo de aquella *Historia y vicisitud del periodismo brigantino* en la que está latente una nostálgica reflexión sobre lo que significaron en su tiempo y en la historia brigantina tantos y tantos hombres que, con su pluma, querían dignificar su ciudad. Y don Francisco Vales Villamarín figuraba también entre ellos por derecho propio. "Los hombres que crearon el periodismo local-dije textualmente en la revisión final de aquel trabajo-han pagado ya su tributo a la ley del tiempo. Fueron marchando de este mundo poco a poco, silenciosa, inadvertidamente, como marchan los seres que sirven a un quehacer que no es propiamente de ellos, que es del destino histórico de todos, de los que se van y de los que se quedan, marchitos aquéllos con el polvo endurecido de los años, abiertos éstos a la flor que crece en el camino sobre la huella de pisadas amigas, que son el testimonio del espíritu eterno, redivivo aún, hoy, mañana y siempre. Los hombres que sucedieron a los artífices, a los pioneros de aquel periodismo batallador, están hoy a la orilla misma del camino y contemplan impasibles y nostálgicos lo que ya fue en un tiempo ido y es ahora historia sumisa de acontecimientos, de sobresaltos, de ensoñadoras inquietudes. Son éstos los que nos repiten con insistencia que "cualquier tiempo pasado fue mejor", quizá porque fue "su" tiempo, y en él, un tanto ambiciosamente, ven ellos la cifra exacta de la verdad, de la razón de lo que ha sido y de lo que es. Pues a todos alcanza, con su fuerte poder evocador, la silente y ensimismada flecha del recuerdo, que traspasa el pasado y viene a caer en el presente con un morbo de desesperanza y desazón, porque aquí se encuentra, al fin y al cabo, la culminación y la amargura de lo ya hecho, el punto mismo en el que otros quisieran iniciar la acción de un contraluz a lo que fue, privando de su aroma a las cosas que aún extinguen a nuestros ojos, al filo de su senectud, su ansiosa y dolorida voluntad de ser".

Cuando recuerdo ahora, y recordamos todos, a don Francisco Vales Villamarín, el recuerdo debo asociarlo justamente a los hombres de su generación y a todos aquellos que, antes o después, contribuyeron al desarrollo de la prensa local, porque con ella, aunque fuese en el fondo una quimérica aspiración, se quería dar vida a un ansia redentora, a un propósito de despereamiento del pueblo, a un afán de ilustración que redimiese todavía a las gentes, porque es obvio que lo necesitaban, de su condición inhumana y servil. Y al hablar de Betanzos tienen que venir por necesidad a la memoria los nombres de Roque Ponte Peña, que fue el primer director de *El Censor* y, por tanto, del primer periódico brigantino, y los de Manuel Vaamonde Ponte, Manuel Martínez Teijeiro, Severo Ares Mancera, Hipólito Codesido Sánchez, Juan Gómez Navaza, los hermanos Fernando y José García Acuña, y también los hermanos Martínez-Seoane Santiso, Adolfo Vázquez Gómez, José Algueró Penedo, Ramón Sanjurjo Ossorio, Julio Romay Rodríguez, Manuel J. Lema, Justo Contas Illá, Hermenegildo Paside y, cómo no, los de dos ilustres periodistas coruñeses, Wenceslao Fernández Flórez y Antonio Carballo Tenorio, que ocuparon sucesivamente la dirección del semanario brigantino *La Defensa*, el primero, desde su iniciación, el cinco de agosto de 1906, hasta el dos de junio de 1907, y el segundo desde esta fecha hasta 1910, en que deja ya de publicarse este semanario, brillante exponente de la prensa local brigantina y en el que colaboraban destacados personajes de la vida política regional como Salvador Golpe y Víctor Naveyra, propagandistas fervorosos de la naciente Solidaridad gallega.

Ya lo he dicho y lo he repetido en varios artículos: Wenceslao Fernández Flórez no fue sólo el ágil periodista de *Tierra Gallega*, el importante diario coruñés de principios de siglo, o el animador de otras publicaciones ferrolanas de aquellos tiempos, antes de su marcha definitiva a la capital de España; fue también el director de ese semanario brigantino, *La Defensa*, que figurará en la historia de la prensa local como un modelo de bien hacer y de excelente técnica periodística. En su estilo mismo, en la calidad de su prosa, aquel periódico revelaba la pluma de su director. Y en los editoriales, en los ensayos costumbristas y en las narraciones cortas que podemos leer en *La Defensa* se descubría claramente, casi sin necesidad de firma, la pluma del Fernández Flórez de los años mozos, a veces con la acritud de sus torturas anímicas y un fondo de desconsuelo, de amargura romántica, ensombrecida por el dolor y las lágrimas ante la situación que padecía el campesinado gallego. Porque el de Fernández Flórez periodista de *La Defensa* fue un compromiso cabal con su tierra, con las gentes campesinas que como él muy bien decía, llevaban escritas en sus frentes las huellas del dolor y la negra silueta del infortunio. Fernández



Vales Villamarín hace uso de la palabra en el acto de descubrimiento de la lápida que dio su nombre ("MAESTRO VALES VILLAMARÍN") a una calle coruñesa, el 21 de mayo de 1961. Entre las autoridades se encuentran los Alcaldes de Betanzos y La Coruña, don Tomás Dapena Espinosa y don Sergio Peñamaría de Llano.

Flórez, en aquellos años de su juventud, era consciente del drama del campesino gallego que regresaba de la siega en los campos de Castilla; lo era de su sacrificio callado, de su resignación y de su desesperanza, pero adivinaba las bocanadas de odio secreto de aquellos hombres, que escribían en la historia regional una página más de luto, signo igualmente del decaimiento a que había llegado la raza.

Baste esta mención al pujante periodismo brigantino de principios de siglo para volver a retomar el hilo de las actividades de Don Francisco Vales Villamarín. También a él le atrajo poderosamente el trabajo periodístico en sus distintas facetas: de fundador y animador de periódicos, de director y de colaborador entusiasta, sobre todo para dar a conocer por este medio sus estudios de investigación histórica, relacionados casi siempre con el pasado de su ciudad natal. El folleto con su *curriculum*, publicado con motivo de su noventa cumpleaños, en 1981, y reproducido en el *Anuario Brigantino* de 1982, recoge una buena muestra de sus colaboraciones periodísticas, entre las que se cuentan trabajos de juventud, quizá menos conocidos, y luego las obras más serias y documentadas, especialmente desde su nombramiento de cronista oficial de la ciudad de Betanzos, en 1940, cargo que él consideraba la máxima distinción junto con el de Académico y Secretario perpetuo de la Real Academia Gallega. Una primera etapa de la actividad periodística de don Francisco Vales Villamarín remonta al año 1905, cuando, sólo con catorce años, funda un semanario satírico titulado *Destellos Juveniles*, muy del tono de las publicaciones que por entonces vieron la luz en Betanzos, después de aquel famoso semanario de fines del siglo pasado, *El Escobón*, en el que primaba muchas veces la desfachatez y la crítica dura que a nadie perdonaba. Algo de esto ocurría también con el semanario *La Aspiración*, enfrentado en la polémica política con *La Defensa*, y en el cual colaboró don Francisco, al igual que en el efímero *Nueva Era*. Es una etapa de formación de la personalidad de don Francisco Vales Villamarín, en la que sus artículos, firmados con distintos seudónimos como entonces era costumbre, no tienen la trascendencia de los trabajos de investigación posteriores, que alcanzan ya su plenitud cuando don Francisco, cronista oficial de Betanzos, se entrega a la tarea de recuperar y ordenar los archivos de la ciudad en la medida en que era posible hacerlo. Los *Boletines de la Real Academia Gallega*, cuya edición e impresión él vigilaba atentamente, y el *Anuario*

Brigantino, la niña de sus ojos, del que fue director desde su primer número, en 1948, marcan la etapa más fructífera de don Francisco Vales Villamarín como publicista, en unos años de madurez y de personalidad formada, con una dedicación absoluta, metódica y rigurosa, a los hechos del pasado y a la reivindicación de figuras olvidadas, o maltratadas por la desconsideración y la ignorancia de los falsos o frívolos historiadores.

Don Francisco Vales Villamarín era realmente pródigo, tal vez en demasía, en esta su labor de publicista. En sus últimos 30 años de vida no sólo los *Boletines de la Real Academia Gallega* y el *Anuario Brigantino* recogieron sus trabajos, sino también los periódicos más importantes de la región como *El Faro de Vigo*, *La Voz de Galicia* y *El Ideal Gallego*, además de las hojas volanderas, los programas y publicaciones festivas tanto de Betanzos como de La Coruña, pues llegado el momento a nadie quería negar su colaboración la buena voluntad y la generosidad a toda prueba de don Francisco. Así se comprende bien que la obra de este ilustre brigantino haya quedado dispersa y que se necesite un buen trabajo de catalogación y ordenación de textos, posible hoy afortunadamente por el legado que ha hecho don Francisco a la ciudad de Betanzos de su biblioteca y archivo personal, para que las generaciones que nos sucedan tengan a mano, y estudien con amor, este tesoro de publicaciones que permite rehacer, y sacar casi de la nada, ese pasado esplendoroso de la ciudad brigantina.

Tal es la perspectiva en la que veo, con ojos de amigo y admirador suyo, la vida y la obra de don Francisco Vales Villamarín. En esta amistosa y cordial evocación (evocación breve y voluntariamente forzada) no puedo menos que recordarle con esa paciencia tan personal, con esa meticulosidad y ese rigor que puso siempre en el trabajo de cada día. Fue un excepcional académico y un gran cronista de su ciudad. Pero esto sería aún poca cosa si lo separásemos de lo que constituía su principal, su entera vocación de hombre: la de hacer pedagogía viviente, obra bien hecha como diría Eugenio d'Ors, desde su tan amada profesión de maestro. Porque la obra escrita de don Francisco es cierto que perdura y perdurará para que otros la prosigan e incluso la completen y mejoren; y será sin duda para todos una lección de bien hacer, de sacrificio gustoso en busca de las raíces del pasado por las que los pueblos —los pueblos todos— son hoy lo que realmente son en su evidente diversidad; pero, el aliento personal de su vida, la lección de humanidad en el aula y en la calle, la conducta ejemplar que le hacía respetable entre sus alumnos, eso habrá quedado ya impreso para siempre en las almas como un tintineo que no cesa, como una llamada a compartir el esfuerzo desinteresado, aquella misma idea que tan intensamente movía su quehacer: la de servir, y servir de algún modo, al enaltecimiento y a la perfección del hombre.

Don Francisco Vales Villamarín fue maestro, no lo olvidemos, esencialmente y por encima de todo. Alguien ha dicho que sus métodos emparentaban con los de la Institución Libre de Enseñanza de principios de siglo. Yo no lo niego, pero quiero creer también, sin haber sido directamente discípulo suyo, que respondían a una concepción personal de la vida y a la necesidad que siempre sintió, hasta los últimos años de su existencia, de conjugar la formación física y la espiritual con un acercamiento constante a la naturaleza. Así, su enseñanza tenía que ser activa, y no tanto fríamente educadora como formadora en la experiencia vivida, en el desarrollo integral del alumno desde el contacto directo con la realidad de los seres y de las cosas.

Por eso mismo don Francisco Vales Villamarín vive todavía en el corazón de las gentes de este barrio que tanto le recuerdan. Sé de sobra que muchos de sus antiguos discípulos, hoy quizá en el umbral de la vejez, no han olvidado su enseñanza, porque resuena en ellos, en lo más íntimo, el eco invariable de su palabra. Obra hecha con amor nunca se pierde, diría yo. Y esta es la obra del maestro ejemplar que, como don Francisco, dejó su impronta grabada en las almas de sus alumnos para que ellos mismos transmitiesen hoy a sus hijos y a sus nietos esa voluntad de trabajo, esa pasión por conocer, por amar a los demás de la que ofreció permanente ejemplo.

No hay virtudes posibles sin hombres que las encarnen, sin seres que las ejerciten y las hagan suyas. Las gentes del barrio de Los Castros que conocieron a don Francisco Vales Villamarín saben de su plena dedicación, de su total entrega generosa, porque, al fin y al cabo, saben también que todos sus alumnos eran un poco como sus propios hijos. Por eso le recuerdan y le recordarán como un ejemplo vivo y permanente que debe ser imitado. Si ahora han permitido

que yo, con escasos merecimientos para ello, haya podido hablar en esta tribuna acerca de su vida y de su obra es porque el maestro sigue siendo para todos ustedes un vínculo de unión de corazones, de almas agradecidas a las que no mueven otros intereses que los de laborar por la comunidad de manera altruista y solidaria.

Y ya por último quiero que este recuerdo y evocación de don Francisco Vales Villamarín sirva asimismo para que se tome en aprecio una faceta un tanto olvidada del maestro: su que-rencia por la poesía, a la que nunca dejó en olvido a lo largo de los años. Muchos de sus amigos recibíamos en ocasiones señaladas, y especialmente en las fiestas de Navidad, postales de felici-tación en las que don Francisco Vales Villamarín incluía una composición poética, alusiva con mucha frecuencia a un personaje o a un aspecto de las tradiciones de su ciudad. En este tipo de poesía de corte costumbrista don Francisco desahogaba la vena lírica que llevaba dentro y a la que él mismo apenas le concedía importancia. Eran posiblemente devaneos de los raros momentos de ocio del maestro, en los que ni siquiera renunciaba a la evocación de la ciudad amada y de aquellas tradiciones y personajes que con tanta fe y con tanta constancia en el trabajo había conseguido reivindicar. Ahora, con la recopilación que ha podido hacerse de todos sus papeles y manuscritos, es seguro que las muestras de poesía se multipliquen y ofrezcan una imagen nueva y desconocida de la obra de don Francisco en la que los factores ambientales y de pura emo-tividad completen una imagen de hombre un tanto frío que, como buceador de las cosas del pasado, de un mundo que se cree muerto, hubieron de atribuir algunos indebidamente a la per-sonalidad de don Francisco Vales Villamarín.

Y ya como colofón de esta charla mía sobre la vida y la obra del maestro, se recitarán unos cuantos poemas de los más significativos entre la producción lírica dispersa de don Francisco. Modestamente me uno al homenaje y al recuerdo recitando yo también dos sonetos que he compuesto recientemente, uno dedicado a la ciudad de Betanzos, publicado en el último *Anua-rio Brigantino*, y otro inédito, que recitaré por primera vez ante ustedes, como homenaje perso-nal mío a la memoria de don Francisco Vales Villamarín.

A don Francisco Vales Villamarín
(*In memoriam*)

Sin armas ni bagaje de guerrero,
a vueltas con la clave de la historia
recobraste del tiempo la memoria
y honraste a tu ciudad, fiel caballero.

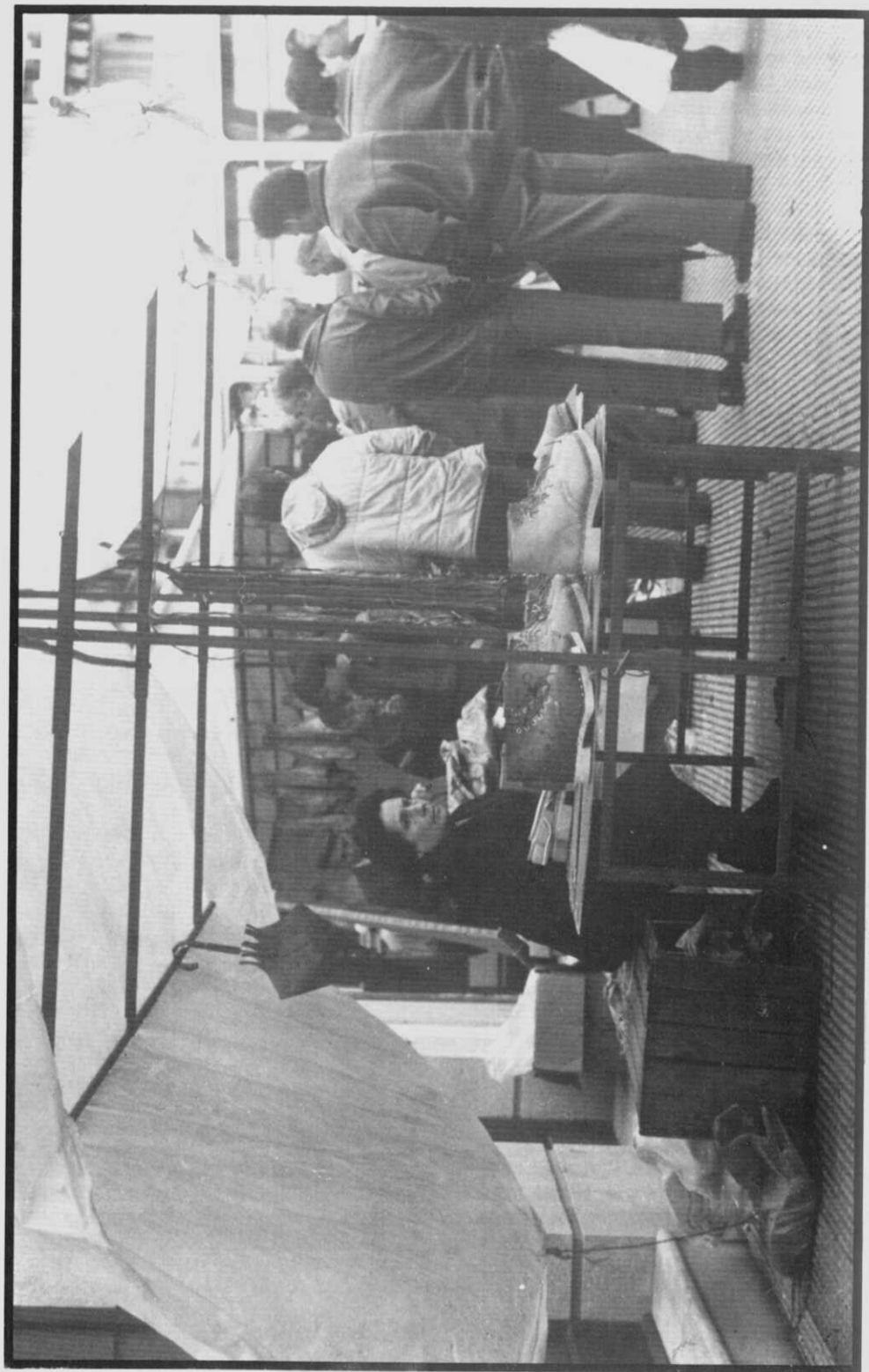
Nadie te aventajó, fuiste el primero
en desvelar los flecos de la gloria,
con blasones de limpia ejecutoria
elevados al puesto verdadero.

Pasaste por la vida, Paco Vales,
con señorial estilo brigantino,
dejando aquí tu estela generosa.

Sañabas con linajes medievales
y en lucha contra tanto desatino
tu pluma fue tu espada victoriosa.

José Antonio Miguez
(*Noviembre de 1989*)





Vendedora de zocos na feira de Betanzos (1-III-1986). Alfredo Erias.